



LETTURE

Ignacio Olábarri

HISTORIOGRAFÍA Y MEMORIA DE LA HISTORIA

RESUMEN: *Estas páginas resumen críticamente el denso contenido de un libro que, en verdad, recoge tantas y tan variadas contribuciones a la historia de la historiografía y a la cultura histórica, que merece ser considerado como un libro que sintetiza muchos libros de autores de muy diferentes especialidades y nacionalidades. Este libro pone bien de manifiesto que la historiografía, como afirman sus coordinadores, vive un momento apasionante.*

PALABRAS CLAVE: *Historiografía, memoria, identidad, representaciones, conmemoración.*

HISTORIOGRAPHY, HISTORY AND MEMORY

ABSTRACT: *These pages critically summarize the contents of a dense book that contains many and varied contributions to the history of historiography and historical culture, which should be considered as a book that synthesizes many books by authors from very different specialties and nationalities. This book makes clear that good historiography, as highlighted by coordinators, lives an exciting time.*

KEYWORDS: *Historiography, memory, identity, representation, commemoration.*

Reseñar el libro *A vueltas con el pasado. Historia, memoria y vida: (estudios en honor de Fernando Sánchez Marcos)* (eds. Joan-Lluís Palos y Fernando Sánchez-Costa, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2013, 444 pp.) presenta todas las dificultades propias de una obra colectiva: diversidad de temáticas, grandes diferencias de puntos de

vista entre los autores; dada la calidad de muchos de los historiadores que escriben en él y la densidad de su pensamiento teórico e historiográfico, me parece esta una de las obras más importantes de teoría e historia de la historiografía publicadas este año en España. Me limitaré a comentar precisamente las contribuciones más sobresalientes, pasando por

alto aquellas que son más puntuales¹.

La “Presentación”, obra del profesor de historia moderna de la Universitat de Barcelona Joan-Lluís Palos, es muy útil y está bien trabada; se adelantan en ella muchos de los problemas que plantean y de las conclusiones a las que llegan los demás autores del libro; para un lector apresurado pueden bastar estas páginas para hacerse una idea del contenido de este libro-homenaje. El “Epílogo” es la autobiografía de Fernando Sánchez Marcos que ya había publicado Jaume Aurell el año anterior en un libro que reseño en *Memoria y Civilización*, 16 (2013), pp. 285-287, por lo que no me voy a referir a ella aquí, a pesar de su gran valor.

La primera parte, “Representaciones”, es, sin duda, la más densa del libro. Comienza con el ensayo del profesor de metodología de la investigación histórica de la Universidad de Teramo (Italia) Fran-

cesco Benigno y sus reflexiones sobre la transformación reciente de nuestra disciplina. Para él, el “tiempo de las dudas” habría comenzado a comienzos de los años 90 del siglo pasado y se resumiría en el paso del “edificio funcional moderno” a “la imagen del bazar posmoderno”. Cuatro serían los principales procesos de cambio en la actual reflexión histórica: “la emergencia de dimensiones identitarias como consecuencia de la crisis de las macrocategorías y los apriorismos sociales como la nación o la clase”; la aspiración de la memoria a asumir la legitimidad necesaria para hablar con autoridad del pasado, con la consiguiente antinomia *memoria versus historia*; la nueva centralidad social de la producción icónica y simbólica; por último, una nueva percepción de la complejidad hermenéutica de las fuentes documentales (y aquí se refiere Benigno a Gadamer y al segundo Koselleck).

¹ Joan-Lluís Palos.-Presentación. El pasado se desordena.-Parte I. Representaciones.- 1.- ¿Qué es la historia hoy? Reflexiones sobre la transformación de una disciplina, por Francesco Benigno.- 2.- La representación como instrumento cognitivo, por Frank Ankersmit.-3.- La ciencia histórica como cultura histórica, por Jörn Rüsen.-4.- Entre la ficción y la realidad: el cine de reconstrucción histórica, por José María Caparrós Lera.-5.-La primera mundialización y la mirada sobre el “otro”: las misiones jesuíticas en Ultramar, por Xabier Baró i Queralt.- Parte II: Memoria.-6.- La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad, por Ignacio Olábarri.-7.- La fragua de la identidad: Memoria, conciencia histórica y cultura histórica, por Fernando Sánchez-Costa.-8.- La privacidad póstuma, por Antoon De Baets.-9.- La autobiografía como historia no-convencional: la reconstrucción del historiador-autor, por Jaume Aurell.-10.- Mi formación como historiador: una retrospectiva, por Georg G. Iggers.-Parte III: Conmemoración.-11.- La Paz de Westfalia: una paz europea, por Heinz Duchhardt.-12.- Memoria y conmemoración: el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, por Jean-Louis Guereña.-13.- A la sombra del IV centenario del descubrimiento de América, por Román Piña Homs.- Parte IV: Historiografía.- 14.- Pensamiento político español y europeo en la Edad Moderna. Reflexiones sobre su estudio en una época post-*whig*, por Xavier Gil.-15.- Usos combativos de la historiografía barroca. La “usurpación” de Navarra en la publicística francesa contra la Monarquía de España (1629-1959), por Alfredo Floristán Imízcoz.-16.- La historia europea vista desde China, por Shen Han.-Epílogo: Cruzando puentes: el historiador como traductor, por Fernando Sánchez Marcos.-Nota sobre los autores.

Estos cambios tienen, entre otros efectos, el de la división de los historiadores a la hora de afrontarlos: desde la postura de corte tradicional o realista, pasando por el paradigma indiciario de Carlo Ginzburg hasta quienes entienden la verdad como – escribe gráficamente Benigno – una “verdad-alcachofa” que se muestra distinta en cada una de sus capas, que debe vérselas con pruebas construídas y artefactos y con una creciente dificultad para trazar límites seguros entre buenos y malos. En cuanto al propio Benigno, él se decanta por la visión del hecho histórico como fruto de la selección por parte del historiador mediante constructos historiográficos; no existen verdades históricas que no dependan más o menos implícitamente de constructos y de ahí el componente interpretativo de toda verdad histórica. El autor señala otras limitaciones del trabajo del historiador, como que las construcciones históricas están injertadas en tradiciones autoritativas, no se desarrollan *in vitro*, sino en el seno de instituciones (Bourdieu); que los discursos de los historiadores y de los actores históricos sólo se diferencian en el plano deontológico; y por último, que, como la historia es una ciencia no poperiana, está abierta al lenguaje coloquial, lo que significa que es una ciencia sólo en un sentido limitado. Benigno señala otros procesos que abren interrogantes sobre la manera tradicional de entender la historia.

Los profesores Ankersmit (Universidad de Groningen) y Rüsen (catedrático emérito de historia)

están entre los más sólidos especialistas actuales en teoría de la historia y sus ensayos no son fáciles de resumir.

Frank Ankersmit escribe sobre la representación histórica como elemento cognitivo. Su idea central consiste en plantear un modelo alternativo al de los positivistas lógicos, que creían en la unidad de la ciencia, pero que consideraban a las ciencias exactas las más científicas (valga la redundancia) y presentaban una caricatura engañosa de la historiografía en particular y de las humanidades en general. El autor propone un modelo alternativo de jerarquización de las ciencias: sería como una cuerda que cuelga en forma de U con dos ganchos (uno, las ciencias exactas; el otro, la historia), propuesta que solo se puede mantener partiendo de la base de que los principios de generalización de las ciencias exactas y de la historia son muy diferentes.

Desde dicho punto de partida, el autor aborda las cuestiones centrales de una filosofía de la ciencia histórica: la representación; los “aspectos” de la representación; la referencia; la verdad representacional, muy distinta de la proposicional propia de las ciencias exactas, pero que, como el retrato pictórico, muestra un sorprendente paralelismo entre los objetos de la realidad misma y sus representaciones. Esa verdad representacional, mantiene Ankersmit, es una “autorrevelación”, siempre desencadenada por una representación, porque por sí sola la realidad se mantendría tras el velo que la esconde de nosotros. La última cuestión que el holandés

estudia es la del papel del significado en la representación histórica. A este propósito distingue entre los significados de orden sintagmático, que sitúan cosas juntas de modo metonímico, y los de orden asociativo o paradigmático, que, como es el caso de las representaciones, son metafóricos y afirma que, cuando no se tiene en cuenta esa diferencia, pueden surgir las llamadas filosofías especulativas de la historia como las de Toynbee y Marx.

Ankersmit concluye preguntándose: “¿Hay problemas ocasionados por lo que aquí he llamado representación histórica que sean totalmente reductibles a los ocasionados por la afirmación verdadera y el tipo de lenguaje usado en las ciencias (exactas)? ¿O deberíamos establecer, en vez de ello, que la filosofía del lenguaje deberá complementarse con una reflexión filosófica más detallada sobre la representación histórica? ¿Es que el primer enfoque no nos servirá de ayuda cuando tratemos de arreglárnoslas con el segundo? Que la respuesta a esta pregunta solo puede ser afirmativa es la declaración que he defendido aquí. De modo – son afirmaciones de mucho calado – que, finalmente, puedo estar de acuerdo con los historicistas y los neokantianos en su insistencia en que las diferencias entre las ciencias (exactas) y las humanidades y, especialmente, la historiografía son más interesantes que lo que tienen en común (como la exigencia de rigor, fidelidad a los hechos, objetividad y todo el resto) y en que lo que los positivistas lógicos llamarían un poco más tarde ‘la unidad de la ciencia’ es un dogma

estúpido (...) Matemos, por fin, el monstruo de las siete cabezas de la unidad de la ciencia y estaremos así abiertos a cómo la historiografía desafía las *doxai* implícitas de la filosofía del lenguaje y la ciencia contemporáneas” (p. 80). Como se ve, Ankersmit defiende en su ensayo, como en toda su obra, una aproximación innovadora y muy sugestiva a la teoría de la historiografía.

Rüsen estudia “La ciencia histórica como cultura histórica”, cultura histórica que sería el “fruto de la capacidad que tiene la conciencia histórica de configurar y de ofrecer una orientación a la acción y a la pasión del ser humano en el tiempo” (p. 81). El autor trata, en primer término, de las relaciones entre la conciencia histórica y la memoria, asunto recurrente en las últimas décadas. A la memoria, personal y social, espontánea o intencionada, le corresponde un papel fundamental para comprender la conciencia histórica humana. Memoria e historia no son lo mismo, pero la una no se puede concebir sin la otra. No son lo mismo porque, en el estatuto especial de la conciencia histórica, los elementos cognitivos de la cultura de la memoria juegan un papel decisivo y llevan a la formación de un conjunto cultural propio denominado “ciencia especializada”. Ahí reside la diferencia entre la memoria y la historia.

A continuación examina Rüsen las cinco dimensiones de la cultura histórica: la cognitiva (pensar), la estética (sentir), la política (querer), la moral (evaluar) y la religiosa (creer). Dentro de esa cultura histó-

rica, a la ciencia histórica le compete una tarea propia, definible con la palabra “crítica”. El papel central de la ciencia histórica reside en el humanismo, en que la persona es más que un mero medio para los fines de los demás, ha de ser considerada como un fin en sí misma; en otro caso, el pensamiento histórico se entrega a un relativismo cultural incompatible con los criterios de racionalidad metodológica específicamente científica. Ello no impide, sino que hace posible, que el conocimiento histórico, mediante la razón práctica que atesora, pueda pasar a ser operativo.

El autor analiza después lo que llama las medidas del juicio histórico: la comprensión y la moral, y, en este punto, defiende que se puede superar el aparente dilema entre los valores que determinan el orden de la vida actual y los propios de la época que el historiador estudia, porque, como ya vio Ranke, hay una relación interna entre pasado y presente mediante la narración. Los estándares morales del presente, afirma el autor, se historizan a la luz de la época anterior en el marco de una fundamentación del pensamiento histórico por la filosofía de la historia, a través de una teoría de la evolución cultural basada en la psicología del desarrollo, lo cual no supone aceptar un concepto unilíneal de progreso histórico.

Por último, plantea el pensador alemán el asunto de la relación entre memoria e identidad. Su propuesta es que son los cambios temporales de su vida los que permiten, al individuo y a la sociedad, adquirir certidumbre de su identidad. La

pugna por la identidad personal y social es algo eminentemente político, y en este punto el papel de la ciencia histórica es bien ser instrumento para legitimar la dominación política, bien ser instancia para criticar dicha dominación. En definitiva, concluye nuestro autor, la aportación de la ciencia a la cultura histórica “consiste en el hecho de que las formas de conocimiento determinantes del pensamiento científico y de su proceder argumentativo se convierten en algo práctico, en un proceso de humanización en cuanto al contenido experiencial, la orientación normativa y la determinación de sentido por la identidad histórica (...) Con el paso a la condición práctica de los criterios racionales propios del pensamiento científico, el yo histórico aumenta su contenido de sentido para sí mismo y para los demás” (p. 109).

Menor interés historiográfico (aunque ello no quiere decir que no sean valiosas) son las dos últimas contribuciones a esta primera parte. José María Caparrós Lera, catedrático de historia contemporánea y cine de la Universidad de Barcelona, estudia las relaciones entre historia y cine, considerando que este habla más de la sociedad que lo realiza que de los hechos históricos que evoca, lo que ha llevado a una perspectiva sociológica, que expone.

En cuanto al ensayo de Xavier Baró y Queralt, profesor de historia de la Facultad de Humanidades de la Universitat Internacional de Catalunya, su estructura interna y su propósito también son diáfanos.

En el contexto del catolicismo de la segunda mitad del siglo XVI (“amenazado” en dos frentes, el Islam y la Reforma protestante) y de los nuevos descubrimientos, el autor se fija en la obra misional de los jesuitas y muestra cuál es la mirada sobre el otro (el indígena) de dichos misioneros a través de sus libros. En todos los casos se pone de manifiesto la actitud positiva de los misioneros hacia su gente, pero también las diferencias culturales de los indígenas con ellos. La mirada sobre el “otro” contribuye a esclarecer también, por contraste, la propia identidad.

La segunda parte del libro que comentamos (“Memoria”) recoge ensayos de Fernando Sánchez-Costa, Antoon de Baets, Jaume Aurell, Georg. G. Iggers y de mí mismo. El primero de dichos trabajos es mi artículo “La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad”, que, como advierten los editores, es una reedición revisada, pero no actualizada, de un texto publicado en 1996. Ahí está, creo su valor y su debilidad: valor porque está entre los primeros ensayos publicados en España sobre el asunto, que ya entonces se “había puesto de moda”; debilidad, porque, aunque en él se cita mucha bibliografía en apoyo de mis afirmaciones, no se recogen las abundantísimas publicaciones teóricas y estudios de casos aparecidos desde 1996 hasta hoy. Por lo demás, no me parece oportuno hablar de mi propio trabajo, que se incluye, esta vez actualizado, en un libro mío de este mismo año.

El siguiente artículo, del segundo de los coeditores de la obra, el profesor de filosofía y de historia de la

Universitat Internacional de Catalunya, Fernando Sánchez-Costa, muestra bien la preparación filosófica del autor y es uno de los más sólidos del libro. El autor comienza recordando la perenne dicotomía entre ser y tiempo en el pensamiento occidental, que le lleva a hacer una afirmación a mi juicio muy acertada: “la persona no es tiempo, pero es en el tiempo; no es solo historia, pero siempre tiene una historia” (p. 187). Pero el núcleo de su ensayo es el examen de las relaciones entre memoria e identidad colectiva. No puedo seguir aquí todo su complejo razonamiento, pero sí resaltar sus afirmaciones principales. En primer lugar, recuerda las reflexiones de Ricoeur y MacIntyre sobre la narrativa del ser humano; con Marías sostiene también que la identidad no está vinculada solo con el pasado sino también con el futuro; mantiene que la memoria personal es clave en la interpretación que todo sujeto hace de sí mismo, y que el fundamento último de la identidad personal está en la “memoria metafísica”; desarrolla después la hermenéutica del recuerdo y su influencia sobre la configuración de la identidad, volviendo a recordar, esta vez con Koselleck, el papel que en la memoria juega el horizonte de futuro, y termina afirmando que “todo relato histórico está conjugado con una gramática metahistórica. No existe una lectura axiológicamente neutra del pasado” (p. 195).

El siguiente paso en su discurso es el de la demostración de que la memoria personal es también memoria social, que en cada sociedad se aprende a recordar en un

marco social, cultural y político concreto. En esa memoria colectiva es fundamental la distinción entre “nosotros y ellos”: un buen ejemplo está en la importancia del relato histórico en la construcción de las identidades nacionales como fruto de la estrecha relación entre nacionalismo e historicismo en el siglo XIX (asunto muy estudiado en los últimos años, entre otros, por Stefan Berger y sus colaboradores).

Aborda después Sánchez-Costa, desde un punto de vista teórico y siguiendo sobre todo el pensamiento germano al respecto, la noción de cultura histórica, que define como “el modo concreto y peculiar que tiene una sociedad de entender la temporalidad y de relacionarse con el pasado” (p. 203). Cita a Rüsen para recordar las diversas dimensiones de toda cultura histórica y enumera los cuatro elementos que están siempre presentes en ella: 1) los académicos, pero también, y quizá con mayor influencia los novelistas, cineastas [sería mejor hablar de los artistas en general], las familias o las instituciones religiosas; 2) sus medios de transmisión; 3) los lugares de la memoria; y 4) que el centro es el mensaje, por mucha importancia que queramos conceder a las dinámicas de configuración de la cultura histórica.

El autor termina su ensayo hablando del carácter social y políticamente controvertido de toda cultura histórica, como lo demuestran las agrias controversias públicas sobre la memoria en tantos países, incluido el nuestro. La memoria social es plural, sobre todo en las

sociedades democráticas, y en su formación influye (Sánchez-Costa cita aquí a Gramsci), más o antes que la conquista del poder político, la hegemonía cultural e ideológica. Esa hegemonía se puede entender, en términos posmodernos, como el conjunto de discursos que laten bajo la comprensión de la realidad y bajo la praxis del sujeto y del conjunto social (aunque, aclara el autor, no tienen por qué ser una superestructura mental ajena al mundo, pues en ese caso caeríamos en el relativismo cultural extremo de la modernidad). Después de distinguir, con Traverso, entre “memorias fuertes” y “memorias débiles” y de hacer referencia a diversos estudios sobre la memoria pública y los debates que conlleva, concluye su ensayo afirmando: “en síntesis, la investigación sobre cómo interpreta, transmite y discute el pasado un grupo social (con sus contenidos, sus contextos pragmáticos y sus agentes colaboradores) es un objeto de estudio de primer orden que puede facilitar la comprensión de una comunidad y de sus mundos mentales” (p. 211).

El profesor de la Universidad de Groningen Antoon de Baets estudia un caso concreto y muy peculiar en la órbita de un tipo de preocupaciones que en los últimos años ha interesado a los historiadores, que es la ética del historiador: el de la privacidad póstuma. Partiendo de un derecho fundamental de las personas, reconocido en todas las Declaraciones de Derechos Humanos, que es el derecho a la privacidad (que compite con otro, el de la libertad de expresión), el autor se pre-

gunta hasta qué punto dicho derecho se debe reconocer también a las personas fallecidas. Aunque De Baets cita algunos artículos de los años sesenta sobre el asunto, la verdad es que, que yo sepa, ha sido él el primero en tocar este tema, que es más importante de lo que puede parecer a primera vista. La pregunta podría formularse así: ¿pueden los vivos (y entre ellos los historiadores) divulgar cualquier acontecimiento relativo a la vida privada de una persona fallecida?

Para el historiador lo importante es saber cómo debe comportarse en este terreno, al que las Declaraciones de Derechos solo llegan por extensión. La respuesta está en las decisiones de los jueces. Los jueces han tomado medidas de protección de datos en casos como el del presidente estadounidense Warren Harding, el escritor francés Antoine de Saint-Exupéry, el profeta Mahoma, Mahatma Gandhi o Ho Chi Minh; y existen leyes especiales para proteger la memoria de figuras como Mustafa Kemal Atatürk o el ayatolá Jomeini.

Otra pregunta: ¿cuánto dura ese derecho a la privacidad póstuma? De nuevo la primera respuesta está en las decisiones judiciales, que son tan diversas como las dos siguientes: solo una semana después de que el presidente francés Mitterrand falleciese, su médico privado publicó un libro en el que revelaba que durante sus catorce años en el cargo había mantenido en secreto el cáncer que padecía; aunque el libro fue inicialmente prohibido, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos levantó la prohibición poco des-

pués, cuando ya se habían vendido 40.000 ejemplares del citado libro. En cambio, en 2002 un juez suizo denegó a un historiador la autorización para mencionar ninguno de los nombres procedentes de los archivos locales sobre la historia de la homosexualidad, incluidos los de dos homosexuales quemados en la hoguera. El autor publica también una tabla sobre el periodo legal en el que la privacidad póstuma puede bloquear la revelación pública; de ella deduce que habría que considerar razonable el periodo de respeto por la privacidad póstuma en unos setenta años o dos generaciones después de la muerte de la persona y que ese periodo debe ser menor en el caso de las personas públicas.

Una pregunta más y con ello concluimos este muy peculiar asunto: ¿con qué defensas pueden contar los historiadores ante acusaciones de invasión de la privacidad póstuma? La más clara es la capacidad de probar que el sujeto dio en vida su consentimiento para publicar datos privados. La más sólida, aparentemente, tendría que ser el hecho de que lo revelado es verdad, pero en la práctica los jueces son muy estrictos a la hora de valorar las argumentaciones de los historiadores. En definitiva, concluye el autor, hay que equilibrar el interés social por la protección de la privacidad póstuma con el interés general por defender la libertad de expresión. Dicho equilibrio debería basarse en tres principios: 1) para las figuras públicas este segundo interés es más fuerte; 2) para las privadas, debería respetarse el periodo de duelo (entre 12 y 24

meses después de la muerte), pero después no debería guardarse ningún secreto más allá de lo estrictamente necesario; 3) el equilibrio debería ser aplicado con una clara presunción a favor de la revelación y el límite temporal de 70 años debería considerarse un máximo.

Jaume Aurell, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Navarra, escribe sobre la autobiografía como historia no convencional. En este caso, no estamos ante un estudio que resuma un libro del autor, sino ante las primicias de un próximo libro sobre el tema, del que Aurell es sin duda el mejor especialista español. Su propuesta fundamental, que parte de la tesis de Popkin de que la literatura autobiográfica es un género híbrido entre historia y literatura, es la contraposición entre dos tipos de historiadores autobiógrafos: los que llama “construccionistas” (Braudel, Kriegel, Duby o Hobsbawm) y los posmodernos o experimentales (Rosenstone, LaCapra, Key Conway o el antropólogo Geertz). Los primeros “siguen un único método científico, cuya utilización sistemática conduce a la ‘verdad’ histórica” (p. 241); son rasgos característicos de su trabajo la renuencia a presentar sus autobiografías, la preocupación por su posible falta de objetividad al afrontar su propia vida y obra, la tendencia a escribir sus autobiografías al final de su carrera, el empleo del mismo método que utilizaron en sus monografías propiamente históricas, como mantener una secuencia cronológica en su relato o confrontar la exactitud de su memoria con documentos vía notas

a pie de página, y por último la utilización de una prosa neutral y desapasionada.

Por su parte, las autobiografías de los historiadores “experimentales” son “mucho más performativas”; en ellas “decir algo implica hacer algo” (p. 240). Sus autores transitan y entretienen conscientemente las fronteras entre historia y literatura, un subtexto capital en sus realizaciones autobiográficas. Por ello, si bien las autobiografías construccionistas nos ofrecen una información excelente sobre la historia de la historiografía, las nuevas autobiografías experimentales nos ayudan a entender mejor la historiografía en sí misma. Y concluye Aurell: “en realidad, los construccionistas no pueden ser considerados autores convencionales de sus textos históricos, dado que intentan distanciarse de ellos tanto como les es posible. Ahora bien, los posconstruccionistas han ilustrado la capacidad de los historiadores como autores de textos históricos, lo que les permite no solo escribir historia, sino también realizarla (...) Postulo que los relatos autobiográficos experimentales son un registro privilegiado para el nuevo concepto de historiador como autor (...) Al elegir la autobiografía como una manera de practicar la historia intelectual, los historiadores experimentales ilustran la fuerza de las nuevas voces que están emergiendo en los márgenes de la práctica historiográfica y predicen una presencia creciente de otros géneros innovadores, especialmente de aquellos que subrayan el elemento performativo: la narrativa oral, el cine, los medios

de comunicación masivos o las construcciones virtuales. Estas son formas que todavía hoy son consideradas formas poco convencionales de historia. Pero ¿por cuánto tiempo las podremos seguir considerando 'no-convencionales'”? (pp. 256-257).

Termino planteando las objeciones e interrogantes que me suscita la propuesta de Aurell: 1) Nunca he visto del todo claro si el llamado “giro lingüístico” nos lleva a hacer mejor historia. La consideración (que hacen tanto Spiegel como White, citados por el autor) de los textos históricos como artefactos literarios es aceptable, a mi modo de ver, dentro de unos límites, pues de lo contrario caeríamos en el relativismo gnoseológico posmoderno; 2) El término de historiadores “construccionistas” no me parece acertado; de hecho, el autor es consciente de su ambigüedad; 3) Aunque es cierto que, al final de su ensayo, el autor asegura que no sitúa en trincheras opuestas a unos y otros autobiógrafos (vid. p. 254), la verdad es que la mayor parte de su trabajo no es sino una contraposición neta entre uno y otro tipo de historiadores y entre los rasgos de sus discursos; 4) Aurell aplica a los construccionistas la asunción clásica del historicismo alemán contemporáneo, esto es, el que los historiadores pueden situarse al margen del relato que narran, y a los experimentales la empatía con el pasado (su “re-enactment”, como escribió Collingwood); pero la empatía no solo está presente en la historiografía actual, muy influida por la hermenéutica de Ricoeur y Gadamer, sino también en la historiografía

historicista del siglo XIX, que tiene en su centro la noción de “Verstehen” (Droysen, Dilthey); 5) Me parece equivocado considerar “empirista” o “positivista”, y menos “positivista ingenuo” (en el sentido filosófico de ambos términos) a Fernand Braudel o a Eric Hobsbawm; 6) Los construccionistas demuestran en sus autobiografías que son conscientes de que cada época crea su propia visión del mundo y de que sus compromisos intelectuales, sociales y políticos influyen sobre su trabajo; por ello hay que preguntarse dónde está la diferencia con los historiadores experimentales si no es simplemente en el reconocimiento por estos últimos de unas creencias (posmodernas, pero creencias) que todo historiador exhibe en su trabajo; 7) El elenco de las autobiografías elegidas es corto, pero, sobre todo, compara a estudiosos difícilmente comparables: ¿qué influencia ha ejercido o ejerce, por ejemplo, un historiador como Rosenstone si se la compara a la de Braudel?. Es cierto que Geertz y su llamado “giro interpretativo” han influido mucho en todas las ciencias sociales en las últimas décadas, pero no hay que olvidar que Geertz es un antropólogo, no un historiador, y aunque las barreras entre la historia y las demás disciplinas humanas y sociales se han difuminado en los últimos años, no han desaparecido del todo; y 8) Entre uno y otro tipo de historiadores autobiógrafos, ¿no pueden existir casos de “hibridación”, autobiografías que muestren al mismo tiempo características de los dos “tipos ideales” forjados por Aurell?

Al texto de Aurell le sigue una magnífica autobiografía vital e intelectual de uno de los “patriarcas” de la historia de la historiografía, el catedrático emérito de la Universidad del Estado de Nueva York en Buffalo Georg G. Iggers, quien ya había escrito un libro de carácter autobiográfico junto con su esposa Wilma. No voy a tratar de resumirla aquí; invito a los lectores a que la saboreen.

Iggers hace, al compás de sus recuerdos, una historia intelectual de la segunda mitad del siglo XX: se refiere al giro cultural del marxismo (él nunca fue marxista, pero se tomó a Marx en serio), la historia cuantitativa o el posmodernismo de autores como Hayden White, con cuya negativa a considerar la historiografía más allá de un relato literario no está de acuerdo (¿cómo escribir del Holocausto desde una perspectiva posmoderna?, se pregunta) y narra su papel protagonista en la creación de la Comisión Internacional de Historia de la Historiografía en el marco del Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Bucarest. Repasa sus diversas publicaciones en este campo y subraya cómo, en los últimos años, ha buscado la colaboración de historiadores de otros continentes para hacer frente al movimiento globalizador, tanto en la historia como en la historiografía. En definitiva, toda una lección para los jóvenes por parte de un historiador comprometido con la verdad y con la justicia nacido en 1926.

La tercera parte del libro-homenaje al profesor Sánchez Marcos se titula “Conmemoración” y, en efecto,

ofrece tres buenos ejemplos de lo que es, más en los últimos años, una manifestación importante de la “moda” de la memoria, parte a su vez del concepto tan querido por los teóricos de la historia alemanes y del propio Sánchez Marcos como es la cultura histórica.

Dos de dichos ejemplos son sencillos de resumir y valorar. El antiguo catedrático de la Universidad de Münster Heinz Duchhardt nos habla de la Paz de Westfalia como una paz europea. Se trata, afirma el autor, de un documento clave en la historiografía, la cultura de la memoria y la conciencia política de estados europeos como los Países Bajos, Alemania y Suiza. Lo que Duchhardt se pregunta es si esta paz es también una paz “europea”. Está claro que, en un primer momento, no lo es para países como España y Francia, para los que la fecha importante es la Paz de los Pirineos (1659). Pero del análisis tanto de los textos mismos de la Paz y de la historia de su recepción, el autor concluye que ya en el siglo XVIII la Paz de Westfalia era considerada como “la madre de todas las paces” y que “tuvo a ojos de la gente y de los juristas de la Edad Moderna el rango de una ‘ley fundamental’ o constitución europea” (p. 293). A continuación analiza el autor el impacto sobre el imaginario europeo de Westfalia y sus representaciones visuales. Dicho impacto cobra especial fuerza después de 1945, en el marco del creciente proceso de europeización que produjo en los años cincuenta sus primeros frutos. Su apreciación como acontecimiento europeo no comenzó hasta

el aniversario de 1948; a finales de los cincuenta comenzó la empresa de publicar los *Acta Pacis Westphalicae* y en 1998 todos los jefes de Estado de los países europeos que acudieron a Westfalia eran conscientes de que la Paz era un acontecimiento europeo y “que se podían presentar como europeístas europeos mediante la participación en las festividades” (p. 299), gracias al influjo de sus asesores y a la colección de grabados y medallas que, desde el siglo XVII, conmemoraban el acontecimiento de 1648 en Westfalia.

El ensayo de Román Piña Homs, que fue catedrático de historia del derecho en la Universitat de les Illes Balears, está cogido un poco por los pelos: se titula “A la sombra del IV Centenario del descubrimiento de América”; pero, en realidad, nos encontramos simplemente con una carta dirigida por Arnau Descós a Fray Bernat Boïl, ambos personajes de segunda fila y mal conocidos, que viven a caballo entre los siglos XV y XVI, en la que el primero elogia al segundo por su “peligrosa” participación en un viaje “en navío real a aquellas islas que recientemente en el mar Índico se han descubierto” y por su labor de evangelización y de “humanización” de los “bárbaros” que habitaban dichas islas. De la citada carta no conocemos su fecha, no tenemos el ejemplar original y, lo que nos interesa más destacar, no parece que aquellos historiadores y eruditos interesados por ella la pusieran en relación con ningún aniversario del descubrimiento de América. Solamente en el caso del padre Fidel Fita y sus interlocutores (entre ellos José María Cuadrado)

asegura el autor, aunque no lo prueba, que “se mueven influidos precisamente por la cercanía de una fecha histórica: 1892, a punto de celebrarse el IV Centenario del Descubrimiento” (p. 326).

A mi entender, el más interesante de los ensayos de esta tercera parte de la obra es el del catedrático de civilización española contemporánea de la Universidad François Rabelais (Tours), Jean Louis Guereña, que trata de la memoria y conmemoración del tercer centenario de la publicación de *El Quijote*. Es un estudio muy documentado, que parte del interés tanto de los escritores de la Restauración como de los noventayochistas por conmemorar lo que muchos españoles consideraban su mayor gloria nacional en unos momentos difíciles para la nación.

El autor pasa después a explicar la forja del nacionalismo español (un asunto tan tratado en los últimos años) y, en concreto, la eclosión monumental de Madrid durante la primera Restauración. Con el centenario de la publicación de la obra maestra de Cervantes y el monumento que, finalmente, se decidió erigir en la nueva Plaza de España, lo que sorprende precisamente es la lentitud con que se desarrollaron todos los pasos de la celebración. Desde el llamamiento que a favor de la celebración del centenario que hizo Mariano de Cavia a finales de 1903 y la publicación del proyecto de conmemoración que publicó en la *Gaceta de Madrid* el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el conservador Carlos Cortezo el 8 de mayo de 1905 hasta la finalización del

monumento pasaron ¡55 años!. En efecto, solamente entre 1955 y 1960 pudo el hijo del escultor Lorenzo Coullaut Valera concluir el monumento. Es verdad que aquel centenario se celebró también de otras maneras (creación de escuelas graduadas del Estado y de escuelas socialistas bajo el nombre de Cervantes, publicación de sus obras en ediciones críticas, didácticas y de divulgación, etc.); pero el dinero necesario para la realización del monumento, que en principio tenía que proceder de una suscripción pública, únicamente se obtuvo, después de largos años de batallar de políticos e intelectuales, “confiscando” el 1% del sueldo mensual de los funcionarios civiles y militares (1927-1928).

En definitiva, tal y como concluye Guereña, “los problemas encontrados para concretar y llevar a cabo el proyecto inicial de monumento a Cervantes, ideado en 1905, inciden en la difícil movilización nacional (pues se pretendía que fuera costado por suscripción popular) en torno a un proyecto nacionalizador que pretendía convertir al *Quijote* en el símbolo de la identidad nacional y que había calado a lo largo del primer tercio del siglo XX en el espacio escolar y festivo (Día del Libro). Como vimos, no faltaron desde luego los discursos y las declaraciones oficiales para insistir sobre la importancia y la urgencia del monumento” (p. 317); pero no parece que tal esfuerzo nacionalizador importara mucho al ciudadano de a pie.

La cuarta y última parte de este libro-homenaje al profesor Sánchez

Marcos se titula “Historiografía” y se publican bajo dicho epígrafe tres ensayos bien distintos; el del catedrático de historia moderna de la Universidad de Barcelona Xavier Gil sobre el pensamiento político español y europeo en la Edad Moderna; el del catedrático de historia moderna de la Universidad de Alcalá Alfredo Floristán Imízcoz; y el del catedrático de historia de la Universidad de Nanjing (China) Shen Han.

También el ensayo de Xavier Gil es difícil de sintetizar, aunque no de valorar, porque cualquier lector podrá comprobar su calidad. La “interpretación *whig*” de la historia política y del pensamiento político, que encontró un magnífico expositor en Herbert Butterfield y su libro de 1931 *The Whig Interpretation of History*, “se presta por lo menos a dos sentidos, ambos situados en la larga duración: una historia política y parlamentaria de la Gran Bretaña informada por los principios políticos *whig*; o bien, y en sentido más amplio, una exposición sobre la formación de Occidente, guiada según el espíritu del progreso y de la noción liberal de libertad, de carácter teleológico, presentista y no poco complaciente” (p. 335).

Dicha interpretación se vio sometida a un nuevo examen en la década de 1980 como consecuencia de la revisión de las Revoluciones Inglesa y Francesa y de la consolidación de la llamada escuela de Cambridge, del creciente influjo de la historia conceptual y de la multiplicación de estudios sobre la representación. La postura ahora dominante es la formulada por Quentin Skinner: ver las cosas a la

manera de los actores del pasado, para ser más fieles a los mismos y como vacuna ante las simplificaciones del presente.

Este nuevo punto de vista deja de lado la interpretación *whig* antes señalada sin por ello ofrecer todavía un gran relato post-*whig*; algo similar, señala el autor, a lo que ocurre en la historia de la ciencia, en la crítica literaria (Harold Bloom), en estética y crítica de arte (Arthur Danto) o en torno a la imagen de “las dos Españas” (Santos Juliá). Pero lo que sí está claro es que en la crisis de la interpretación *whig* del pensamiento político ha influido mucho la revalorización del pensamiento político español y, más en general, del católico y del sur de Europa. Son importantes, entre otras, las nuevas aportaciones sobre la contribución del catolicismo a la génesis del mundo moderno (Wolfgang Reinhard, entre otros) o sobre la variedad de componentes en la génesis de la Ilustración (Jonathan Israel, J.G.A. Pocock, Pablo Fernández Albaladejo, John Robertson). No hay, en definitiva, escribe el profesor de la Universidad de Barcelona, “una *high road* hacia la Modernidad, sino una suma de iniciativas diversas, con variaciones locales e influencias e intercambios en varios sentidos (...) Reconocido el carácter acentuadamente polifacético, cuando no huidizo, de la Modernidad, la vieja interpretación, de sesgo protestante y septentrional, que daba cuenta de su génesis y que la dotaba de significado, ha perdido, ahora sí, aquella capacidad y utilidad” (pp. 339-340).

Ahora bien, ¿qué hacer cuando el antiguo “gran relato” se muestra ya no válido, pero tampoco podemos, por ahora, sustituirlo por uno nuevo? El profesor Gil Pujol ofrece, en la segunda parte de su ensayo, cuatro consideraciones para una nueva síntesis: en primer lugar, hay que desechar el supuesto de la anomalía o irrelevancia intelectual ibérica; en segundo término, el marco adecuado para la historia del pensamiento político de la Edad Moderna no es el nacional, sino uno prenatal y transnacional a un tiempo; tercero, hay que estudiar la “circulación” de las ideas políticas, la noción de influencia (Skinner), la “conversación entre autores europeos” (H. Lloyd), la Ilustración como una historia de traducciones (Robertson, Pocock, Fernández Sebastián); por último, “la matriz tomista, de procedencia salmantina, de las tesis de Hugo Grocio sobre el derecho de gentes es bien conocida” (pp. 347-348); los tratadistas españoles elaboraron una ciencia política que sometían a la religión verdadera, pero que, al mismo tiempo, dispensaban de la tutela de la misma al abordar cuestiones prácticas (estamos ante un tacitismo no antimachiavélico) y, al mismo tiempo, crearon una noción de política propia, vinculada a la imagen del Buen Pastor (Méchoulán, Fernández Albaladejo); tampoco era exclusiva de España la coexistencia entre la tradición aristotélica y la razón de Estado o, por poner un último ejemplo, la comparación de las doctrinas absolutistas y realistas

permite concluir que se hace en toda Europa con lenguajes distintos pero con un objetivo similar.

El autor concluye su artículo presentando las nuevas síntesis de Howell Lloyd y de John Robertson y afirmando: “Dispongamos o no de un nuevo gran marco interpretativo, sí tenemos, sin duda, un conocimiento mucho más rico y matizado de nuestro tema” (p. 352).

El profesor Floristán Imízcoz titula su contribución “Usos combativos de la historiografía barroca. La ‘usurpación’ de Navarra en la publicística francesa contra la monarquía de España (1829-1659)”. Se trata de un amplio ensayo, que parte de la comparación entre la producción historiográfica generada en Cataluña en la época barroca, estudiada entre otros por Fernando Sánchez Marcos, y la elaborada en Navarra, que considera muy inferior; pero existe un elemento de comparación entre ambas “porque la cultura histórica, en ambos extremos y en ambas vertientes de la renovada frontera, siempre se ha interrogado sobre la fragmentación de ambas comunidades y sobre su trayectoria en España y Francia” (p. 353). El autor pasa después a describir las primeras crónicas de la campaña dirigida por Fernando el Católico en 1512. En todas ellas se presenta la conquista no como un ataque contra reyes extranjeros sino más bien como un conflicto defensivo hispano-francés en el que los navarros tuvieron un protagonismo secundario, siempre como españoles; a este se añade el argumento religioso: los cronistas coetáneos a la conquista subrayan una larga lucha contra

cismáticos y la concesión del trono a Fernando mediante una bula pontificia; los posteriores adujeron la necesidad de defender la ortodoxia católica frente a la infiltración hugonote que había prendido en Juana de Albret y Enrique de Borbón, “rois de Navarre”.

Los cronistas franceses no se preocuparon del asunto hasta el acceso de Enrique IV de Borbón-Albret (1589) al trono de Francia. Los primeros, calvinistas, resultan virulentamente antiespañoles por su anticatolicismo visceral. Por el contrario, Gabriel Chappuys y André Favyn escribieron como católicos, realistas y franceses: sus historias de Navarra son historias de Francia y en ellas ocupa también un lugar importante la denuncia de la ilegitimidad de las bulas del Papa Julio II.

La situación cambia después de la incorporación a Francia del Reino de Navarra (en la práctica de la llamada Baja Navarra) y del vizcondado de Bearne por Luis XIII (1630) y de la derrota militar de los calvinistas franceses (1628-1629). Se trataba de probar que las citadas bulas no se habían publicado conforme a derecho; y de recopilar toda la documentación necesaria para probar que Juan y Catalina de Albret eran legítimos propietarios, en 1512, del reino de Navarra, y de demostrar la continuidad de la reclamación para evitar que los españoles alegaran prescripción en su favor. También intentaron mostrar las dudas de los monarcas españoles sobre la legitimidad de sus títulos sobre Navarra.

Este es el núcleo del artículo de Floristán: el estudio de la publicis-

tica francesa contra España entre 1629 y 1659. Los autores que estudia son Théodore Godefroy (1629), Jacques Cassan (1632), una obra de 1625 de autor desconocido, Arnaud Oihenart (1635); y, por último, Auguste Galland (1648).

Aunque en el ensayo de Floristán tiene un interés secundario, personalmente me interesa referirme a la otra gran obra de Arnaud d'Oihenart, la *Notitia utriusque Vasconiae tum Ibericae tum Aquitanicae*. (París, 1638), que es considerada por muchos historiadores vascos como la primera historia de Vasconia: además de la ya usual desmitificación de las bulas, Oihenart considera que el reino de Sobrarbe es un mito y, por otro lado, no propone la reintegración de Navarra a Francia.

El ensayo de Floristán termina volviendo a la comparación inicial entre los casos navarro y catalán; estudia las negociaciones de paz entre Francia y España hasta la firma de la Paz de los Pirineos (1659), en las que Luis XIV quiso evitar la prescripción de sus derechos sobre Navarra, pero de ningún modo ejercerlos, mientras que para los españoles Navarra era sencillamente innegociable; y se pregunta si las obras francesas reseñadas, aunque no consiguieran la reintegración de Navarra, incidieron en la reelaboración de la identidad de los navarros. La respuesta es negativa para la mayor parte de ellos, pero positiva para los "bajonavarros".

El último de los ensayos del libro homenaje al profesor Sánchez Marcos, el del catedrático de historia de la Universidad de Nangjing

(China) Shen Han, es, a un tiempo, uno de los más interesantes y a la vez quizá el más decepcionante de todos. Su interés deriva, sobre todo, de que, al menos que yo conozca, es el primer ensayo de un historiador chino de nuestros días traducido al castellano que trata de la historia de Europa. Es decepcionante, entre otros motivos a los que más tarde haré una breve alusión: 1) porque el autor solo habla de los estudios de historia de Europa en China durante los últimos treinta años. En diferentes ocasiones muestra sus diferencias con la historiografía marxista china anterior a la Revolución Cultural, tan influida por la soviética, y no hace ninguna referencia a la historiografía china anterior a la revolución maoísta; 2) porque, como reconoce el autor al final de su trabajo (p. 407), "son pocos los artículos y los trabajos sobre la historia europea que se basen en una investigación histórica directa en los archivos europeos. La mayoría de los trabajos se han escrito usando fuentes secundarias"; 3) porque en los historiadores chinos puede percibirse también, dice el propio autor en la conclusión, una falta de creatividad en los métodos de investigación y en los temas elegidos; 4) porque, aunque los historiadores chinos siguen habitualmente los objetos y las orientaciones de los historiadores europeos, el conocimiento de la historiografía europea no es todavía completo ni actualizado. "Todos estos problemas, afirma con razón Shen Han, esperan una respuesta y una solución en el futuro" (*loc. cit.*).

Dicho esto, hay otras cosas interesantes en el largo artículo del historiador chino, que en verdad se hace tedioso cuando se limita a largas enumeraciones de libros de autores chinos sobre diferentes aspectos y periodos de la historia europea.

De mayor interés, porque se explican con más detalle los puntos de partida y las conclusiones de los trabajos citados, son los libros y artículos dedicados al feudalismo, a sus semejanzas y diferencias entre Oriente y Occidente, o a la transición del feudalismo al capitalismo, entre ellos los del propio Shen Han, quien plantea una detallada discusión de las tesis sobre el asunto de Maurice Dobb y Robert Brenner, siguiendo lo que él llama el método morfológico (método que se explica un poco confusamente en pp. 405-406). Dichos debates (también los que se abren sobre otros temas) son debates entre historiadores e ideólogos marxistas, incluidos los propios Marx, Engels y Lenin.

El autor tiende a poner el énfasis en sus propios trabajos: así, en los dedicados a la ya mentada transición del feudalismo al capitalismo; en el estudio del desarrollo de la agricultura inglesa en la primera Edad Moderna; en lo referente al nacimiento del capitalismo (aquí pone en cuestión las tesis de Max Weber); en los estudios sobre la historia social y cultural europeas (el tema de las distinciones entre clase y jerarquía, en el que da la razón a Marx, mientras que critica las simplificaciones de historiadores y sociólogos marxistas posteriores); en la historia ideológica de la Gran Bretaña, para el que se basa “en

una nueva teoría sobre la relación entre la base y la superestructura” (p. 393), que considera que la intervención de la gente en actividades sociales e ideológicas, así como su mundo ideático, no solo están determinados por la infraestructura económica del pasado, sino también por la ideología heredada; por último, nos habla de su estudio de la cultura política de la Inglaterra del XVII, en el que habría utilizado categorías nuevas, como el concepto de “campo”, tomado de las ciencias naturales.

Del muy informativo artículo de Shen Han destaco dos puntos más. El primero, los dos simposios internacionales organizados por la Universidad de Nanjing en 1987 y en 2002, que él contribuyó a organizar. A propósito del segundo escribe una frase que me parece muy significativa: “Los académicos chinos – subrayo esta afirmación – mostraron su actitud abierta a las reformas políticas, indicando así su predisposición a tener en cuenta las experiencias valiosas de los sistemas democráticos en los Parlamentos burgueses europeos para promover el sistema democrático socialista chino” (p. 388). El segundo es el proceso de institucionalización de los estudios europeos en China en la década de 1980, mediante la creación de distintas Academias de la Historia.

El autor termina presentando lo que denomina “Un nuevo discurso sobre teoría y metodología de la historia”, que, explica, comienza con el reforzamiento de las relaciones entre historiadores chinos y sus colegas euroamericanos tras la Revolución Cultural, que lleva a la asunción de

logros y métodos distintos a los propios del materialismo histórico clásico; en este contexto cita a los *Annales*, a la historia marxista británica, a la historia oral y a la historia cultural. Hace también una obligatoria crítica de la sumisión al modelo soviético de los historiadores chinos entre 1949 y 1968 para afirmar a continuación que “el proceso de reforma iniciado a finales de los setenta coadyuvó a romper los grilletes del dogmatismo teórico” (p. 402). En ese contexto, Shen Han vuelve de nuevo a su propio caso: su clave hermenéutica de investigación durante veinte años de estudio de la historia europea fue “utilizar los datos históricos obtenidos y mi comprensión directa y distinta de los hechos históricos para complementar y corregir las conclusiones de los historiadores marxistas y soviéticos sobre la historia de Europa” (loc. cit.). Shen Han

concluye su ensayo con las consideraciones críticas respecto al estado actual de la historiografía china sobre Europa que he citado al comienzo.

La historiografía, dicen los coordinadores de *A vueltas con el pasado*, vive un momento apasionante. Creo que la riqueza de las contribuciones de los 17 historiadores y teóricos de la historia que han contribuido a este libro homenaje al profesor Sánchez Marcos permite afirmar que es así. Espero que esta reseña estimule al lector a meditar no solo sobre lo que se escribe en este libro, sino también en todos los libros, llenos de ideas fecundas, que están detrás de estos ensayos forzosamente sintéticos y, por ello, a veces difíciles de entender sin acudir a la más amplia bibliografía sobre la representación, la memoria, la conmemoración y la historiografía obra de los autores analizados.